

Transformaciones en el trabajo y en el Sindicalismo.

Claudio Nascimento

Son muchos los debates con respecto al cambio de siglo. Esta expresión traduce un sentimiento generalizado de perplejidad sobre las transformaciones en curso en el mundo. Verdaderamente, el gran cambio de siglo ya ocurrió (este fue un siglo corto, que se inició con atraso en 1914 con la Primera Guerra y se terminó prematuramente en 1989). De cierta forma, las transformaciones actuales ya estaban operando de forma molecular en los años 70, o aún en el año *annus mirabilis* de 1968. Lo cierto es que trajeron luz a un mundo complejo y profundamente adverso a los trabajadores.

En Europa la contraofensiva capitalista tuvo inicio en los años 60. Sus ejes fueron el proceso de mundialización e informatización de la producción. El sindicalismo no se dio cuenta, en ese entonces, de la amplitud y de la profundidad de las transformaciones en la producción. Cuando lo hizo, fue con mucho atraso. A través de la informatización y de la mundialización del mercado financiero, los grupos dirigentes del capital rediseñaron el saber y la figura del trabajo en el proceso productivo, conduciendo a una profunda crisis a los partidos de masa, a los sindicatos y cuestionando la forma Estado-Nación.

En términos de Metodología, esta complejidad y profundidad de la crisis exige una visión que incorpore temporalidades más largas y contradicciones más profundas.

Las transformaciones afectan de manera radical dos ámbitos del mundo moderno:

1. los mundos del trabajo
2. el campo del Estado – Nación

El primero se refiere al campo de la reestructuración productiva, el segundo, al ámbito del territorio, de las ciudades, de las políticas públicas. El primero requiere el análisis de la esfera de la producción, de la etapa actual del “Capital”; el segundo, el análisis a nivel de espacio–territorio, de la reproducción social. En su conjunto, el fenómeno que Milton Santos llama “sistema técnico – informacional”. (1)

En el actual desarrollo del sistema capitalista, el mundo del trabajo es objeto de transformación en el más amplio proceso de reestructuración de la organización de la producción, la reestructuración productiva.

Los cambios son tan profundos y radicales que parece tratarse de una “venganza” del capital en relación al trabajo. Surge, realmente, una nueva forma de capitalismo global, muy diferente a la del capitalismo multinacional.

Uno de los principales símbolos de esta historia, de la globalización del capitalismo, es el desarrollo del capital en general, superando mercados y fronteras, regímenes políticos y proyectos nacionales, regionalismos y geopolíticas, culturas y civilizaciones.

En el centro del proceso se encuentra la crisis del mundo del trabajo, la revolución tecnológica en curso. Bajo varios aspectos, en la época de globalización del mundo se reabre la problemática del trabajo. Lo que caracteriza al mundo del trabajo a fines del siglo XX, es que este se tornó realmente global. En la misma escala en que se da la globalización del capitalismo, se da la globalización del mundo del trabajo. En la medida en que la globalización del capitalismo, visto como proceso civilizatorio, alcanza al conjunto de la sociedad humana, y se quiebran los cuadros sociales y mentales de referencia. Este “desorden de trabajo” actúa sobre toda la vida social: surgen nuevas formas de sociabilidad, un nuevo tipo de individualismo, nuevas religiones, crisis de representación, violencia y barbarie. El conjunto de las instituciones (sindicato, partido, escuela, familia, Estado, Nación,...) sufre los efectos de la reestructuración del proceso de producción. Por ejemplo: en el mundo del trabajo, las nociones de Espacio, Tiempo y Función se están viendo alteradas de manera radical, obligando a una revisión de la relación entre el tiempo y la naturaleza del trabajo.

La amplitud de las transformaciones en curso nos hace pensar en el período analizado por M. Foucault: el pasaje de la “Edad Clásica para la Edad Moderna”, cuando el “nacimiento del trabajo” modificó el orden social, y engendró un “nuevo conocimiento”, afectando la naturaleza, los métodos y las funciones del saber. Por lo tanto, no es en el período actual la primera vez que se habla de “Crisis del Trabajo”(2). En todas las grandes crisis estructurales (fines del siglo XVII, fines del siglo XIX, el período de los primeros 15 años del siglo XX, el período entre las dos guerras mundiales, sobretodo durante la crisis de 1930) el trabajo estuvo en el centro de las reflexiones.

Las nuevas tecnologías producen impactos culturales de carácter global sobre la sociedad como un todo y, particularmente, sobre los trabajadores. La flexibilización envuelve todo un reordenamiento interno y externo de la clase operaria, en el ámbito nacional, regional y mundial. Se modifican sus padrones de sociabilidad, vida cultural y conciencia, al mismo tiempo que cambian las condiciones de organización, movilización y reivindicación.

Estas tecnológicas constituyen un deseo antiguo de la humanidad, es decir, la emancipación humana del trabajo manual, la reducción de la jornada de trabajo, el tiempo libre, mayor productividad del trabajo, entre otras. Mientras tanto, su implementación ha producido desempleo estructural, exclusión en masa, desorganización de las familias por causa de los turnos flexibles y desorganización de los trabajadores.

Existe un discurso ideológico dominante sobre los efectos benéficos de la globalización financiera.

Sin embargo, en la economía mundial el crecimiento no fue retomado, este fue mucho mayor en las décadas del 60 y del 70 que en los últimos años con los avances tecnológicos. Así, la concentración de riqueza provoca efectos de exclusión y polarización en todo el mundo. El desempleo creció principalmente, entre los jóvenes. Mientras tanto, desempleo y globalización no son sinónimos, las economías más globalizadas del mundo, EUA y Japón, tienen los índices

más bajos de desempleo. Revolución tecnológica tampoco es sinónimo de desempleo, en la mayoría de los países los desempleados no pertenecen a los sectores de punta, informatizados, y sí a los sectores desactivados por la ausencia de crecimiento de la economía mundial.

De todo esto, resultan algunos ejes importantes: la crisis de la civilización industrial y la transformación del valor del trabajo. La globalización del mundo expresa un nuevo ciclo de expansión del capitalismo, como modo de producción y proceso civilizatorio de alcance mundial. El futuro se encamina a una fragmentación dualista de la sociedad con las consecuencias de marginalización y exclusión social; el desempleo y la precariedad del trabajo, de carácter estructural.

En el Brasil, la “esencia del neoliberalismo” (“Un programa de destrucción de las estructuras colectivas capaces de combatir la lógica del mercado puro”, P. Bordieu), se traduce, específicamente en el campo del Estado – Nación, en una alianza virtualmente hegemónica, entre los grupos, clases y bloques dominantes. Posiblemente el primer bloque dominante más consistente desde la “revolución del 30” (3).

El campo de los mundos de trabajo, se traduce en una “modernización conservadora” de las estructuras productivas, combinando las diversas formas de trabajo (esclavitud, fordista, post-fordista, etc.), trayendo desempleo y exclusión a millares de trabajadores. El objetivo central de la contraofensiva patronal, iniciada al inicio de los años 90, es dismantelar la base de experiencia en el campo de la praxis de la organización colectiva a través de la flexibilización del trabajo.

## EL SINDICATO CIUDADANO

Las transformaciones en el mundo del trabajo y en el mundo de la vida nos llevan a repensar profundamente el movimiento sindical. ¿Desde que perspectiva? Desde la del sindicalismo creciente en la sociedad; un sindicalismo social y más solidario, integrado a la ciudadanía, tanto en las fábricas como en las ciudades. Un sindicato orgánico pero también ciudadano, que represente a los trabajadores y que sea movimiento social, que se encargue de los desafíos del capitalismo como modo de producción y proceso civilizatorio. Integrando trabajo y medio ambiente, trabajo y educación, trabajo y feminismo, trabajo y cultura, trabajo y bienestar, trabajo y juventud, trabajo y tercera edad.

Este nuevo sindicalismo requiere una integración de la conciencia operaria con la conciencia de la ciudadanía. La ciudadanía fuera del mundo del trabajo convoca al movimiento sindical a ampliarse a nuevas fuerzas y movimientos sociales que se sitúan fuera del proceso de producción. Así como la democracia debe entrar a los lugares de trabajo, el sindicalismo debe abarcar la ciudadanía, el espacio público democrático y popular. El espacio privilegiado del sindicalismo ha sido la empresa y la profesión (el sindicato y la federación). Actualmente, el aspecto geográfico a nivel local tiende a asumir un campo mayor. A nivel local, el sindicalismo debe participar del debate democrático, de la gestión de la ciudad, es decir, tener una presencia activa en la vida local.

Desde esta perspectiva, el sindicalismo deberá pasar por profundas transformaciones. Se pueden señalar algunos aspectos:

- Frente a los desafíos en curso, el sindicalismo debe cambiar, sobretodo, debe aliarse con fuerzas de la sociedad civil. Frente al proceso de globalización, debe construir nuevos lazos de solidaridad.

Este es un nuevo terreno para el movimiento sindical, que implica una verdadera “revolución cultural”, o sea, abandonar una cierta concepción de representación y contratación que fue determinante cuando su objetivo central era la conquista del monopolio de contratación en las empresas. ¿Cómo construir una contratación colectiva que también asuma los intereses de sectores de la población y de trabajadores “excluidos”, en diversos campos: vivienda, seguridad social, renta mínima, educación, salud, transporte, menores, etc.?

- Esta revolución en la cultura sindical corporativa involucra también a las formas de organización del sindicalismo. Así, un sindicalismo estructurado en las organizaciones verticales de ramo, difícilmente podrá representar orgánicamente o políticamente el mundo de los que están en el sector informal, en el desempleo, dispersos en el territorio. Exige un salto de calidad enorme, esto quiere decir, considerar su organización a nivel territorial; articular en un nuevo nivel histórico la dimensión del territorio y la de la organización interprofesional. Articular el “sindicato orgánico” con el “sindicato ciudadano”. Organizar el sindicato en los lugares de trabajo y ramos, y , ampliar su mandato político en relación a la sociedad en general.

- En un “sindicalismo de empresa”, los derechos de los trabajadores afiliados son más fuertes que los de aquellos sectores “excluidos” del proceso de trabajo. Al contrario, la alternativa de un sindicato nacional abarca los intereses de muchos otros sectores sociales, no sólo de los trabajadores. El punto central es el de la representatividad del sindicato, construyendo alianzas con otros sectores de la sociedad para poder ser un agente privilegiado en la formulación colectiva de un proyecto alternativo. El tema fundamental es el de saber cuál es el universo que el sindicato debe representar.

- Frente a la miseria y al desempleo en curso, el sindicalismo debe asumir un papel determinante en relación al Estado nacional, al valorar el trabajo a través de políticas de calificación profesional y nuevos derechos que permitan la calificación del trabajo, la creación de nuevos empleos aún “al margen” de la economía formal (“Economía Solidaria”), controlar los procesos de formación en las empresas y cuestionar el sistema de educación vigente.

- El sindicalismo necesita nuevas estrategias para la creación de empleos. La transformación de una economía de exclusión e informalización en una “economía solidaria” puede crear un número de empleos ricos y calificados tales como, recuperación del territorio y el medio ambiente, reciclaje de los desechos, servicios a las personas, formación permanente, etc.

Creación de comunidades cooperativas para ayuda mutua entre los trabajadores. Son las nuevas fronteras de trabajo.

Sin embargo, sabemos que todo esto no nacerá espontáneamente, ni tampoco de las políticas de las empresas transnacionales; surgirá de la sociedad civil. Por lo tanto, precisa el impulso de políticas públicas, de la comunidad y, sobretodo, del sindicalismo, para poder transformarse en una nueva forma de economía y tener espacio de mercado.

- Combatir la hegemonía del individualismo salvaje implica construir una cultura solidaria, abrirse, por lo tanto, a un conjunto de nuevos sujetos hasta entonces extraños a la cultura sindical. Esta apertura trae el confrontamiento con culturas que no formaban parte del universo sindical, pero que traen nuevos valores y horizontes. Esta nueva solidaridad comporta nuevas perspectivas para el sindicalismo, una nueva ética para configurar la identidad del sindicalismo del siglo XXI.
- Una nueva cultura política pasa por una politización de lo cotidiano. Cultura es praxis, es algo elemental, un contexto de producción. La expresión “cultura política” indica una relación cotidiana, el modo de como los hombres discuten y deciden sus problemas fundamentales. La cultura nace de las necesidades, se alimenta de la historia y no puede ser introducida “desde arriba” por las instituciones culturales. Es una actividad vital de la mente y de los sentidos, es una capacidad humana.

- El neoindividualismo vigente es un intento, con éxito, del restablecimiento de la hegemonía cultural conservadora, aislando los principales valores emancipadores de la cultura, es, al fin, despolitización.

Sin embargo, el sindicalismo actúa como si cultura y política fuesen dos esferas separadas. No tiene conciencia de su mandato cultural. En la contraofensiva del capital, el desarrollo de la microelectrónica comporta una extensión de la industria de la conciencia, cuyas últimas consecuencias aún no podemos prever totalmente, sobretodo, en lo que se refiere a cambios de mentalidad y opinión. Favorece a la disgregación y a la fragmentación de la conciencia y del comportamiento humano. No busca transformar sus intereses y necesidades más organizados a nivel político, como medio de expresión público y colectivo. Desde esta perspectiva, el sindicalismo no puede continuar más en la línea de una política cultural tradicional. Los sindicatos del futuro tendrán un desafío estratégico: desarrollar una sensibilidad cultural que tendrá un papel decisivo a nivel existencial y político.

## SINDICALISMO Y CIUDADES SIN CIUDADANOS (gestión de trabajo y gestión de la ciudad)

Históricamente, la ciudadanía en los lugares de trabajo tiende a la integración con el espacio público de la ciudadanía. Por ejemplo, al inicio de sus luchas, los operarios cuando hacían huelga, salían de las fábricas y buscaban las plazas de las ciudades (la palabra “huelga” viene del nombre de una plaza donde los trabajadores se reunían para tomar decisiones colectivas)

Lo que nace en el interior de las fábricas se completa en las plazas públicas. En el ABCD, en los años 80, los trabajadores salieron de las fábricas y buscaron el *Paço Municipal* donde intentaron escribir, con los propios cuerpos,

la palabra democracia. El resultado expresa la situación de la democracia en Brasil: la palabra no fue completada debido a la represión, democ...

Desde esta perspectiva, la ciudadanía en el mundo del trabajo (en los lugares de trabajo), pasa por las OLTS, instrumentos a través de los cuales los trabajadores pueden desarrollar la resistencia, el control y la gestión de la organización del trabajo. A esto llamamos proceso de autogestión de la producción. A nivel de las ciudades, los ciudadanos ejercen la democracia de forma directa a través de instrumentos como el presupuesto participativo, los foros de las ciudades, etc. A esto llamamos autogestión social.

Por lo tanto, el poder a nivel local se expresa a nivel de los ámbitos de trabajo articulados con el espacio público urbano-rural. Esta es la esencia del llamado "sindicato ciudadano", o "sindicato social".

## LA ECONOMÍA SOLIDARIA

Con el proceso de exclusión y de desempleo estructural, tenemos que repensar el tema del trabajo, pues si no hay empleo hay mucho trabajo cuando pensamos en las necesidades de la sociedad.

Desde la perspectiva analítica de Milton Santos, en las ciudades de los países subdesarrollados, el modo particular de organización del espacio, articula las más variadas formas de capital, trabajo y tecnología. Esta organización del espacio urbano se caracteriza por el "espacio dividido" en dos circuitos de la economía urbana: un circuito superior que tiene su origen directamente en la modernización tecnológica donde operan los monopolios y un circuito inferior que es formado por actividades de pequeña dimensión y tiene sus raíces en las poblaciones pobres. La relación entre ambos es dialéctica, esto es, el circuito inferior, siendo producto de la lógica del circuito superior y, al mismo tiempo, condición de obstáculo a su expansión. (4)

En estas ciudades, proliferan zonas de resistencia en la forma de actividades volcadas a atender necesidades concretas e inmediatas de sobrevivencia: pequeñas empresas, que atienden a un circuito de producción, distribución y consumo que trabaja distante del universo de la economía racionalizada e informatizada.

Por lo tanto, hay de un lado, una economía globalizada, producida desde arriba, y un sector producido desde abajo, que, en los países pobres, es un sector popular y, en los países ricos, incluye los sectores menos privilegiados de la sociedad, incluyendo los inmigrantes.

Así, resulta posible la formación de un nuevo campo en la economía: la "economía solidaria", a través de empresas dirigidas por sus propios trabajadores, de cooperativas de producción / consumo.

En el campo de la economía de trabajo asalariado y dependiente, los trabajadores a través de la CUT (Central Única de Trabajadores) se organizan en los lugares de trabajo; en el campo de la economía solidaria, en las empresas de autogestión y cooperativas, los trabajadores pueden experimentar nuevas formas de trabajo asociado.

De esta manera, en las ciudades, a través del poder local, los ciudadanos desarrollan sus órganos de democracia directa (presupuesto participativo, diversos foros de participación popular). Este es un proceso ya en curso en el país: la organización de la CUT en las olts, las empresas de autogestión, el poder popular.

Con relación al poder local, el ejemplo de Porto Alegre es ilustrativo: el presupuesto participativo, a partir de 16 consejos populares, es el espacio público de toma de decisiones, a través de plenarios que, en las 2 gestiones, ya movilizaron cerca de 200 mil personas, articulando más de mil entidades; cada año estas entidades movilizan cerca de 20 mil personas. Otro elemento importante es el proyecto "Ciudad Constituyente", que ya organizó 2 congresos constituyentes para planear estratégicamente la ciudad, con la participación de los consejeros del presupuesto participativo y otras organizaciones. Son diversas formas de construcción en varios espacios de la sociedad de una hegemonía alternativa al neoliberalismo.

El conjunto de estos organismos constituirá el espacio público democrático y popular, o la llamada esfera pública no-estatal, local, regional, nacional y mundial.

- 1) Santos, Milton Técnica, espacio, tiempo: globalización y medio técnico científico informacional. Hucitec, 1994
- 2) Bourdieu, Pierre – L'Essence du neoliberalisme Le Monde Diplomatique, mars 1998.
- 3) Foucault, Michel – Les mots et les choses, une archéologie des sciences humaines. NRF Éditions Gallimard, 1966
- 4) Santos, Milton – El espacio Dividido: los dos circuitos de la economía urbana. Editora Francisco Alves, 1979.